

Historia de los Volcanes de Nicaragua

Jaime Incer



Fotografía aérea de la caldera del volcán Cosigüina, resultado de la explosión de 1835.

Desalojados en una época del valle de Cholula y bajo la continua opresión de los Olmecas decidieron los Niquiranos dejar las tierras de Soconusco y marchar más al sur. Piden consejo a sus guías o “*alfaquies*” quienes les profetizan que “*habitarían en una tierra vecina a un lago, en el que había una isla con dos montañas redondas*”.

Así fue como los antecesores del cacique Nicaragua, 500 años antes de la llegada de los españoles, enseñorearon el istmo de Rivas, bajo la sombra protectora de los volcanes de Ometepe (nombre que en lengua azteca significa “*dos cerros*”), que se levantan entre las aguas del Cocibolca.

La llanura que corre al pie de la cadena volcánica de Nicaragua, y cuya elogiada fertilidad no tiene más explicación que la de ser enriquecida por las cenizas que los volcanes lanzan periódicamente o arrastran los aluviones desde sus laderas, fue por esa misma razón la escogida por chortegas y niquiranos para asentar sus pueblos y cultivar maíz y cacao. En más de una ocasión las violentas erupciones los obligaron a abandonar sus lares, perdiendo a la vez las cosechas. Las huellas impresas sobre el suelo volcánico de Acahualinca testimonian uno de esos éxodos. En otras ocasiones trataron de conjurar la violencia del fenómeno con el sacrificio propiciatorio de hombres y mujeres, arrojados al abismo de los humeantes cráteres.

Las primeras referencias sobre la presencia de volcanes en Nicaragua se deben a Pedrarias Dávila. De la carta que escribiera al Rey de España, fechada el 10 de abril de 1525, y en la cual refiere la conquista de Nicaragua por parte de su lugarteniente Francisco Hernández de Córdoba, copiamos textualmente lo siguiente: “*cabe esta provincia de Masaya sale una boca de fuego muy grande, que jamás cesa de arder, y de noche parece que toca en el cielo del grande fuego que es, y se ve 15 leguas como de día . . . cabe esta ciudad de León está otro fuego muy alto, y por encima de la corona sale el fuego, que se ve a la clara del día e de noche por cinco bocas, a la redonda de este cerro hay muy grande cantidad de azufre . . .*” Obviamente el gobernador se refería a los volcanes Masaya y Momotombo respectivamente.

Conocida es la versión de Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista de las Indias, que relata los descensos que con frecuencia realizaban los caciques al cráter del volcán Masaya, para recibir consejo de una supuesta vieja, de faz arrugada, pelo hirsuto, ojos hundidos, dientes agudos y tetas hasta el ombligo, la cual salía del crisol ardiente para pronosticarles victorias, derrotas y otras calamidades, y a quien los crédulos españoles consideraron ser el propio diablo.

El mismo Oviedo, quien en 1529 visitó los volcanes de estas tierras, fue el primero en describirlos y atestiguar sus manifestaciones. En la *"Historia General y Natural de las Indias"* hace referencia e ilustra las erupciones de los volcanes hoy conocidos como San Cristóbal, Santa Clara y Telica; dibuja al Momotombo vomitando fuego por cinco bocas y se asombra al contemplar la lava ardiente en el fondo del cráter del Masaya.

"No creo que haya hombre cristiano —afirma Oviedo— que acordándose que hay infierno, aquello vea que no tema e se arrepienta de sus culpas". Fray Toribio de Motilín compartió los temores del cronista de las Indias al referir que *"muchos han creído que este volcán de Masaya es la boca del infierno, siendo su fuego el mismo de los condenados"*.

Poco tiempo después, en 1538, Fray Blas del Castillo se hace descender hasta el fondo del cráter del referido Masaya (introducido en una cesta, protegido por un casco, ceñido un martillo a la cintura, con una calabaza de vino en una mano y una cruz en la otra), con el objeto de observar más de cerca aquella materia candente que, ante sus codiciosos ojos, simulaba oro derretido. Demás está decir del fiasco que el bendito dominico se llevó cuando, en una incursión posterior, con ayuda de sus compañeros, sumergió una olla de hierro con la esperanza de recoger la muestra fulgurante, que resultó ser no más escoria áspera y negra.

La idea de que el volcán Masaya encerraba una mina de oro subsistió, sin embargo, hasta muy entrada la Colonia, cuando todavía se expedían cédulas reales autorizando a los vecinos del lugar a buscar el decantado oro en sus entrañas.

Un pueblo indígena y la primera capital de Nicaragua fueron según el relato histórico los primeros en rendirse ante el embate de las furias plutónicas. En 1570 un terremoto en las vecindades del volcán Mombacho raja las paredes del cráter y desborda la laguna ahí encerrada. Desciende una avalancha de lodo y piedras sobre el pueblo de Mombacho, pereciendo todos, menos un indio, los cuatrocientos habitantes. Quien haya contemplado el amplio cráter de este volcán, abierto hacia el sur y las enormes rocas esparcidas sobre la llanura de Mecatepe podrá imaginarse la magnitud de semejante alud.

En 1684 el volcán del Viejo (San Cristóbal), se encontraba en erupción. El pirata Dampier enderezó proa hacia el volcán para encontrar la entrada a El Realejo, *"pues no existe ninguna montaña tan alta como ésta, además que humea durante el día y en la noche flamea"*. Esta observación es la única que se ha obtenido sobre la erupción del volcán más alto de Nicaragua, el cual ha dormido un pacífico sueño por casi tres siglos, hasta hace dos años cuando exhaló una espesa fumarola que, alzándose de su cúspide, estuvo hirviendo por varios meses.

En 1772 el cráter del Masaya es rebasado por la lava y una corriente calcinante baja la ladera y se derrama por 14 kilómetros hasta las vecindades de la actual Sabana Grande. Esta es la colada de lava que corta actualmente la carretera a Masaya, en el sitio denominado *"Piedra Quemada"*. Otro ramal de la misma corriente se dirigió hacia la laguna, atemorizando a los vecinos de Masaya, quienes sacaron en procesión a la Virgen de la Asunción, llevándola hasta el mismo frente de la colada, que a decir la tradición se detuvo ante la imagen.



Cono del volcán Momotombo, que se eleva a 1.200 metros sobre el nivel del adyacente Lago de Managua.

A partir del siglo XIX la relación sobre erupciones volcánicas es más completa. En enero de 1835 acontece la portentosa erupción del Cosigüina, considerada hasta entonces el estornudo más violento del planeta. Durante 43 horas las cenizas oscurecieron totalmente a los pueblos de Occidente, así como los del sur de Honduras y El Salvador. En León, las autoridades consultaron a los sabios de aquel tiempo, quienes les sugirieron repicar las campanas y tronar toda la artillería, bajo la creencia que con tal estruendo se disiparía la opacidad de la atmósfera. Las penitencias, rogaciones y limosnas abundaron en aquellos días, alentadas por las prédicas siniestras de los sacerdotes quienes, a decir Scherzer, mantenían botellas de brandy escondidas en altares y púlpitos para infundirse valor. Como las rogaciones, penitencias y exhortos no parecían surtir efecto, el pueblo desesperado sacó las imágenes del templo y las colocó en la plaza, con cara al occidente (de donde procedía aquella erupción), para que los *"santos se convencieran con sus propios ojos de la magnitud del fenómeno"*. En Olancho —de acuerdo con los reportajes de aquella época— más de trescientas parejas que vivían amancebadas acudieron temerosas a formalizar sus relaciones ante la posibilidad de ser aquel fenómeno presagio del juicio final.

Tres años después de la fabulosa explosión del Cosigüina, Sir Edward Belcher, capitán del *"Sulphur"*, navío de su Majestad Británica, ascendió al todavía humeante volcán y también a su vecino San Cristóbal; con barómetro en mano estimó sus alturas y estableció sus posiciones cartográficas. De la carta marina levantada por Belcher en aquella visita, nacería después el proyecto inglés de cortar un canal interoceánico desde el golfo de Fonseca hasta la desembocadura del río San Juan.

Desde mediados del siglo pasado aumentan las descripciones vulcanológicas, salidas de las plumas de numerosos viajeros, diplomáticos, naturalistas, aventureros, etc., como Dunlop, Scherzer, Froebel, Stephens, Squier, Pim, Belt, etc. quienes se maravillaron ante la contemplación de los volcanes, ascendiendo algunos de ellos por sus laderas, curioseando desde los brocales para relatar la actividad escondida en sus entrañas. Estas informaciones, por demás valiosas, han permitido a los geólogos modernos historiar la conducta vulcanológica y describir las transformaciones sufridas en un siglo por conos y cráteres.

Fue Squier quien en 1850 atestiguó el nacimiento del Cerro Negro. Este volcán, al igual que el Izalco en El Salvador y el Parícutín en México, son los únicos tres que se han levantado en el continente americano en época histórica. A través de periódicas erupciones violentas, el Cerro Negro ha conseguido erigir su cúspide unos 450 metros de altura sobre la llanura que le sirvió de base. En su última erupción (febrero de 1971), proyectó sus cenizas a 20 mil pies de elevación, que el viento se encargó de hacerlas llover sobre León, desafortunada ciudad ésta que huyendo de los pródromos del Momotombo no se libró de los paroxismos del Cerro Negro.

La etapa descriptiva sobre los volcanes y sus manifestaciones fue seguida por la iniciación de las primeras observaciones geológicas. Vale aquí mencionar las observaciones pioneras de los franceses Dollfus y Montserrat y Montessus de Ballore, éste último autor del singular libro intitulado *"Temblores y erupciones volcánicas en la América Central"*, editado en San Salvador en 1884. Más importante fue la contribución del vulcanólogo alemán Karl von Seebach, quien en 1885 visitó los principales volcanes nicaragüenses, a excepción del Momotombo, quien lo venció en su intento de escalarlo del mismo modo como lo hizo con aquellos frailes del tiempo de la Conquista que intentaron bautizarlo, y ahí está todavía el coloso de Nagraudo, gigante de Imabita, calvo y desnudo, ronco y sonoro, conservando su retumbante y onomatopéyico nombre.

En las últimas décadas del siglo pasado el gobierno de los Estados Unidos envió a Nicaragua a los geólogos Crawford y Hayes, en relación a los estudios que entonces se verificaban con la proyectada apertura de un canal interoceánico. A Crawford le debemos, en cortos reportajes aparecidos en el *"American Geologist"*, el registro de una serie de temblores que ocurrieron durante su estadía en el país, fenómenos telúricos que según observaciones de este geólogo se suscitaban de preferencia en la época del cambio de las estaciones. Hayes, por su parte, postuló la hipótesis que sostiene que la hilera de volcanes se levantó en el centro de un alargado golfo, que antes cubría la región del Pacífico; especie de bahía que quedó rellena con los productos arrojados por los volcanes en formación.

✓ A pesar de las recomendaciones de dichos geólogos, bastó una estampilla que mostraba al Momotombo en erupción, como argumento presentado ante el Congreso de los Estados Unidos, para convencerlo del alto riesgo que significaba construir un canal interoceánico a través de esta tierra de terremotos y volcanes.

El verdadero padre de la vulcanología centroamericana fue Karl Sapper, geólogo alemán quien en 1888 se fincó en Guatemala, y a partir de la cual recorrió numerosas veces, a pie, el istmo centroamericano, en todos sus rumbos, estudiando las formaciones geológicas y escalando todos los volcanes. Sapper estuvo en Nicaragua en cuatro o cinco ocasiones y durante una de ellas se suscitó el famoso terremoto del 29 de abril de 1898. El gobierno aprovechó la visita del sabio, encargándole el estudio de la causa del sismo. Con la asistencia del geólogo y minero Bruno Mierisch, recorrieron toda la cadena volcánica de los Maribios, concluyendo que el terremoto era de origen tectónico y no volcánico. La ascensión al Momotombo la hizo Sapper con la ayuda de tres indios quichés, acostumbrados a cargar instrumentos y muestras de rocas por las empinadas laderas de los volcanes del istmo.

Quizás el volcán que más impresionó a Sapper fue el Masaya, al cual ascendió varias veces. Una vez de regreso en Alemania, donde fue elegido profesor y rector de la Univer-

sidad de Wuerzburgo, y después de una ulterior visita a Centroamérica, en 1924, cuando fue distinguido por gobiernos y universidades, escribió su famosa obra "*Volcanes de la América Central*" y "*El Infierno del Masaya*", esta última una recopilación de las crónicas que durante la Conquista escribieron los osados españoles que visitaron dicho volcán.

Opinaba Sapper que la actividad volcánica en Centroamérica solamente era comparable con la de los volcanes de Java y reconocía que en este sentido Nicaragua representaba el país "*más explosivo del mundo*", pues en el corto trecho entre el San Cristóbal y el Momotombo se cuentan unos 10 conos principales y más del doble entre los adventicios.

Sapper murió en Alemania, en 1945, pocos días antes de la ocupación de este país por las fuerzas aliadas.



Caldera del Santiago, con fumarola.

En el presente siglo encontramos, dentro del marco narrativo, los dos libros de Don Dionisio Martínez Sanz, este medio español medio nica, que con "*pata de perro*" acudió a atestiguar todas las erupciones volcánicas que se suscitaron en las décadas pasadas. En "*Ríos de Oro, Torrentes de Lava*" y "*Montañas que arden*", don Nicho nos habla de sus andanzas vulcanológicas describiendo los eventos con aquel salero y colorido que caracteriza a la locuacidad hispánica. A él le debemos también las primeras fotografías, que registran tanto las erupciones volcánicas como las estructuras de los principales cráteres.

* En 1919 el volcán Santiago inició su actividad lanzando humos, que depositaban un cierto rocío ácido sobre los cafetales de las Sierras, destruyendo las cosechas. Dos

ingenieros alemanes se propusieron librar a los caficultores de semejante amenaza y a la vez coleccionar los gases a través de un artefacto para su ulterior industrialización. Cuando todo estaba listo y se había invertido mucho dinero en montar aquel gigantesco embudo succionador, ocurrió (el 27 de febrero de 1927), un derrumbe de las paredes y hundimiento del cráter, desapareciendo en un santiamén toda aquella compleja ingeniería tragada por la vorágine del volcán.

Estudios más modernos y precisos estuvieron a cargo de los geólogos Howel Williams, actualmente considerado el decano de los vulcanólogos americanos, quien hizo el estudio póstumo del Cosigüina y de las huellas de Acahualinca, y su colaborador Alexander McBirney, quien tomó a su cargo el estudio de la caldera del Masaya, de las lagunas

cratéricas vecinas a Managua y además co-autor (en lo que concierne a Nicaragua), del famoso Catálogo de Volcanes Activos del Mundo.

En los últimos años aconteció la fundación del Servicio Geológico Nacional, donde encontramos a Renato Zoppis de Sena con su estudio sobre los dañinos gases del Santiago y los trabajos de estos jóvenes geólogos nicaragüenses y suramericanos, que laborando en equipo han levantado toda la geología de la Región del Pacífico para el programa de Recursos Naturales.

Concluiré refiriéndome a una teoría cuyos méritos radican en ser la primera que se postuló, en tierras centroamericanas, para explicar el origen de las erupciones volcá-

nicas, y además por proceder de la iluminada mentalidad de Don Miguel Larreynaga. En su obra manuscrita "*Memoria sobre el Fuego de los Volcanes*", este próspero erudito advierte la interesante vecindad entre mares y volcanes. En su opinión, la superficie cóncava del océano Pacífico actúa como una lente que converge los candentes rayos solares hacia el piso del océano. Concentrados en las profundidades oceánicas estos rayos —según Larreynaga— derriten las rocas submarinas, las cuales ya fluídas y candentes, usan los conductos de los volcanes vecinos para ascender y dar

origen a las explosiones volcánicas. Si bien este mecanismo sobre la formación de las lavas es inaceptable, a la luz de la ciencia actual, la entera concepción del sabio nicaraguense no fue sino un adelanto a la hipótesis a la cual se han adherido la gran mayoría de los geólogos modernos quienes, siguiendo a Benioff, sostienen que cuando el fondo o piso oceánico presiona y se hunde debajo de las masas continentales, se profundizan sus rocas al punto de caldearse y fundirse, originando las cámaras o depósitos magmáticos, los que posteriormente alimentan a las erupciones volcánicas.

HISTORIAL DE LOS VOLCANES NICARAGUENSES

| | | | |
|--------|--|---------|--|
| 1527 | El padre Bobadilla sube al volcán Masaya y planta una cruz en la cumbre. | 1852 | (Junio 8). Se reactiva el Masaya. Se reporta que las lagunas de Masaya, Tiscapa, Asososca y Apoyo "hirvieron simultáneamente". |
| 1529 | El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo reporta la erupción de tres montes contiguos, situados entre León (Viejo) y el Puerto de la Posesión (El Realejo). Posiblemente se trate de El Viejo (San Cristóbal), Santa Clara (Casita) y Telica. También se refiere a la actividad del Momotombo y del Masaya. | 1852 | (Julio). Un lago de lava ocupa el fondo del cráter occidental del Masaya. La actividad fumarólica continúa y en Abril de 1853 se levanta una espesa columna de gases indicando que se ha abierto un nuevo cráter. |
| 1570 | A consecuencia de un terremoto se rajan las paredes del cráter del Mombacho y se produce una avalancha que arrasa al pueblo indígena del mismo nombre. | 1854 | (Febrero y Marzo). El Momotombo vomitando cenizas, su cráter se ve iluminado por la noche. |
| 1609 | Temblores y retumbos procedentes del Momotombo amedrentan a los vecinos de León (Viejo), quienes deciden trasladar la ciudad más al occidente. | 1857-58 | Se reanuda la actividad en el Masaya. Producción de ruidos subterráneos y cenizas. Se supone que en esta época se formó el nuevo cráter del Santiago. |
| 1670 | Erupción del cráter occidental del Masaya. La lava se desborda sobre la ladera norte. | 1858 | Se reporta actividad en el Momotombo. |
| 1680 | El volcán de El Viejo (San Cristóbal) en violenta erupción, acompañada por numerosos temblores en el área de Chinandega. | 1859 | (Enero 27). Fuertes ruidos subterráneos y erupción de cenizas en el cráter occidental del Masaya. El fenómeno se repite el 27 de Marzo del mismo año. |
| 1684-5 | El pirata Dampier reporta erupción del San Cristóbal y del Telica. | 1867 | (14-30 de Noviembre). Segunda erupción del Cerro Negro. Corriente de lava a partir de la fisura lateral. |
| 1764 | El Momotombo entra en actividad, se sienten fuertes temblores en la vecindad. | 1883 | (Mayo y Junio). El Ometepe (Concepción), entra en actividad, acompañado de ruidos subterráneos, lanzando rocas y arenas encendidas sobre sus agrietadas laderas, además de desbordamiento de lavas. La actividad continúa con cierta intermitencia hasta 1887. |
| 1772 | (16 al 23 de Marzo). Del cráter del Masaya rebasa lava, bajando por las laderas hasta las orillas de la laguna, y extendiéndose además hacia el norte, hasta las vecindades de la actual Sabana Grande. | 1886 | (23 de Mayo). Momotombo nuevamente en erupción, iniciándose la actividad fumarólica del cráter. Fuertes temblores en Managua. |
| 1800 | Se reporta que el Concepción arroja mucho humo. | 1902 | (Marzo y Abril). Momotombo emite gran cantidad de gases y vapores fulgurantes. Serie de temblores en el occidente del país. |
| 1835 | (20 al 27 de Enero). Portentosa y célebre erupción del Cosigüina. Las arenas y cenizas oscurecen el cielo por 43 horas. Temblores frecuentes. La cúspide se desploma con ruido atronador que se escucha hasta 1800 kilómetros de distancia. | 1902 | Corta erupción del Concepción. |
| 1850 | (13 al 22 de Abril). Nace el Cerro Negro, precedido de temblores y ruidos subterráneos, lanzando lavas y cenizas. A los 15 días ha levantado su cono unos 50 metros sobre la llanura adyacente. | 1902 | (Junio y Julio). Se reactiva el volcán Santiago. Erupción de arenas; temblores y ruidos subterráneos. Se reanuda actividad fumarólica que continúa hasta principios de 1906. |
| 1852 | Erupción del Momotombo, proyección de humo y cenizas que cubren las planicies de León. | 1905 | (16 al 21 de Enero). Violenta erupción del Momotombo. Una correntada de lava rompe el cráter y se derrama sobre la ladera norte. Actividad esporádica, continúa hasta septiembre del mismo año. |

1907-10 Erupciones periódicas del Concepción, principalmente cineríficas.

1912 (16 de Agosto). Fuerte actividad fumarólica en el Momotombo.

1914 (Octubre y Noviembre). Tercera erupción del Cerro Negro con fuerte emisión de arenas y cenizas que

1941

en el intercráter para industrializar los gases.

El Telica en actividad moderada. Desde entonces ha mostrado actividad solfatárica entre explosiones modestas.

1946

(Junio y Julio). Se forma un lago de lava en el Santiago. Se inicia nuevamente otro período de

Visión nocturna de la erupción del Cerro Negro, en febrero de 1971 (foto de Franco Peñalba).



caen sobre la ciudad de León, además de desbordamiento lávicos.

1919 (Diciembre). Se reanuda la actividad del Santiago. Lago de lava en el fondo de la caldera, formación de intercráter y desprendimiento de espesa fumarola que continúa hasta 1927 destruyendo los cafetales de las Sierras de Managua.

1921 El Concepción inicia nuevo período de actividad con explosiones periódicas intermitentes.

1923 (Agosto). Violenta erupción del Concepción con descarga de cenizas; correntada de lava sobre sus laderas y ruidos subterráneos. La actividad continúa en forma esporádica hasta 1926.

1923 (Octubre a Diciembre). Cuarta erupción del Cerro Negro con emisión de lava desde un cráter adventicio y con proyección de piroclastos que caen sobre la ciudad de León.

1926 Continúan las erupciones esporádicas del Concepción. Arenas y cenizas dañan cultivos en Rivas y Ometepe.

1927 (27 de Febrero). Se derrumban las paredes del Santiago, cerrando el orificio de salida de los gases y tragándose los artefactos que ingenieros alemanes habían montado

1947

actividad humeante, con destrucción de los cafetales de las Sierras de Managua. La actividad perdura hasta 1959,

(12-24 Julio). Quinta erupción del Cerro Negro con proyección de lava, arena y cenizas. Cultivos destruidos, emigración de campesinos en la zona de Malpaisillo. La ciudad de León castigada por fuerte lluvia de arenas.

1950

(21 de Noviembre-17 de Diciembre). Sexta erupción del Cerro Negro, con explosión de cenizas y emisión de lavas.

1950

Erupción del Telica por corto tiempo.

1952

El Concepción en actividad, lanzando bocanadas de humo y cenizas con regular intermitencia.

1952

(23 de Octubre). Erupción del Pilas (El Hoyo). Se produce una falla de más de un kilómetro que cruza por el cráter principal. Se levanta gigantesca columna de cenizas.

1953

(Febrero). Se inicia la actividad fumarólica en el extremo de la falla de El Hoyo, la cual se ha mantenido hasta el presente.

- 1954 (Febrero). Erupción del Cerro Negro, que dura escasamente unos días. Cenizas sobre León.
- 1954 (29 de Octubre). Nueva erupción del Pilas, con lluvia de cenizas y arenas sobre la ciudad de León.
- 1957 (2 al 8 de Abril). Última erupción del Concepción con fuertes explosiones y derrames de lava.
- 1957 (4 de Septiembre). Moderada erupción del Cerro Negro con explosión de gas y proyección de cenizas. Colada de lava desde el cráter principal y conos adventicios. La erupción termina alrededor del 20.
- 1960 (28 de Septiembre). Nueva erupción del Cerro Negro con intermitentes lanzamientos de bombas y arenas. La columna de cenizas alcanza los 500 metros y una corriente de lava sale de la fisura al pie del volcán.
- 1965 (16 de Enero). Erupción del Telica, con proyección de arenas sobre las llanuras cultivadas de Quezalguaque y Posoltega. La erupción se vuelve intermitente para acabar a los pocos días.
- 1965 (Noviembre). La lava sube por el conducto del Santiago, derramándose en el piso del cráter. Se forma un intercráter que salpica lava en espasmos explosivos.
- 1968 (Octubre 23-Diciembre 7). Prolongada erupción del Cerro Negro, con proyección de piroclastos hasta 1.500 metros de altura, descargándose sobre León y los cultivos de algodón de los alrededores. Se forma el cráter adventicio de "Cristo Rey", del cual emana una colada de lava por kilómetro y medio de longitud.
- 1969 (Febrero 11). Moderada erupción del Telica con proyección intermitente de arenas. La erupción se

repite en Mayo del mismo año.

1969

(21 al 23 de Diciembre). Leve erupción del Cerro Negro con descargas intermitentes de gases y cenizas.

1970

(Abril). Se incrementa actividad fumarólica en el cráter del Santiago, a partir del intercráter que parece migrar sobre el lago de lava. Este intercráter se desfondó a mediados de 1972, pero la actividad fumarólica ha continuado hasta nuestros días.

1970

(Agosto 17-25). Intermitentes explosiones del Telica, arrojando arena sobre Chichigalpa, Posoltega y Corinto, con amenaza a los cultivos de algodón.

1971

(3 al 14 de Febrero). La más violenta erupción del Cerro Negro. La columna de piroclastos alcanza los 5.000 metros de altura y cubre un área de 5.000 km² de destrucción, castigando nuevamente a León y obligando la evacuación de la población campesina. La erupción es central y sin emisión de lava.

1971

(Junio). Fuerte erupción fumarólica del volcán San Cristóbal, con destrucción de la vegetación de su cráter y formación de hornillos de azufre. La emisión ha continuado hasta el presente pero ya muy reducida.

1971

(Diciembre 1). Lago de lava en el fondo del cráter del Telica. El año anterior había en el mismo lugar un profundo pozo de agua freática teñida por los sublimados.

1973

(Septiembre y Octubre). A consecuencia de las continuas y fuertes lluvias la actividad fumarólica del Santiago se ha incrementado, pareciendo salir mucho vapor de agua entre las numerosas grietas del manto de lava que ocupa el fondo del cráter.



Violenta erupción del Cerro Negro en Octubre de 1968.